

ANTIGUEDAD Y RELACIONES DE LA CIVILIZACION CHIBCHA

Por ELIECER SILVA CELIS,
Director del Museo Arqueológico de Sogamoso.

INTRODUCCION

Los resultados científicos de las más recientes investigaciones arqueológicas, llevadas a cabo en Sogamoso, nos permiten estudiar un punto de capital importancia en la cultura Chibcha, a saber, la antigüedad de ésta. Tales resultados consistieron en granos de maíz, carbonizados, que pudieron ser bien determinados desde el punto de vista estratigráfico. Para los efectos cronológicos, parte de dicho material fue analizado en el Croningen-C-14 Laboratory de Holanda.

Sobre la época en la cual el legendario civilizador Bochica se hizo presente en el país chibcha, los cronistas de la Conquista Simón y Vargas Machuca nos dejaron informaciones que juzgamos de mucha importancia. Ello nos ha inducido, en el presente trabajo, a relacionar uno de los datos que tenemos de radio-carbono con el mito de este célebre personaje.

En el presente caso, la datación por medio de radio-carbono es no solo importante en sí misma con referencia a la cronología absoluta, sino también porque, al confrontarla con el mito de Bochica permite, a nuestro juicio, apreciar en cierto grado, la realidad que oculta la mencionada tradición muisca y estimar la relativa aproximación del tiempo en que, según los viejos relatos indígenas recogidos por los historiadores de la Conquista, el caudillo civilizador de los nativos de la altiplanicie se hizo presente aquí y allá, dando normas de vida e instruyendo en industrias y artes a los primitivos ocupantes de los territorios de Cundinamarca y Boyacá.

La muestra sometida a los contadores Geiger del Laboratorio de Croningen fue verdaderamente ideal, tanto por la clase de material como por las precauciones observadas en su recolección, en excavaciones estratigráficas, de las que daremos puntual cuenta en un trabajo posterior. Consistió, como queda indicado, en granos

seleccionados de maíz, que los sacerdotes chibchas de Sogamoso, para propiciar a las divinidades, sacrificaron por medio del fuego en piras abiertas en el suelo, muy cerca del Templo del Sol. El mencionado material lo hallamos en el curso de nuestros trabajos en un corte de 6×3 metros que excavamos por niveles arbitrarios de 25 centímetros cada uno. Al finalizar el nivel 3 pudimos constatar la presencia de un depósito de 35 centímetros de diámetro cuyo contenido fue, precisamente, abundante maíz en grano, totalmente incinerado, entre carbonillos vegetales y algo de ceniza. La profundidad total del hoyo o depósito fue de 40 centímetros. Pudimos establecer claramente que dentro del hoyo se había efectuado un pequeño incendio, el necesario para la cremación del grano.

Aprovechando los buenos oficios del doctor Thomas Van-der-Hammen en Leiden, el material fue remitido, por conducto de este científico holandés al mencionado laboratorio, por el Instituto Colombiano de Antropología. Señalamos que el dato cronológico que aquí presentamos fue el resultado final de una serie de análisis y verificaciones realizados por el doctor J. E. Vogel, antes de haberse nos comunicado en forma definitiva.

Para los efectos cronológicos de la cultura Chibcha en su más remoto pasado, consideramos pertinente y útil a la ciencia americanista comparar la fecha dada por la mencionada muestra analizada con los testimonios que puntualmente fueron recogidos por los cronistas en relación con el tiempo de la presencia de Bochica, el caudillo civilizador por medio del cual se explicaron los muiscas el problema del origen de su civilización.

No deja de sorprender el hecho de que los informes de tiempo, aportados por los cronistas, sobre la venida del civilizador chibcha, no hubieran sido antes tomados en cuenta, al menos para una evaluación relativa de la antigüedad de la cultura de la altiplanicie colombiana.

Aunque el tiempo mítico es, ciertamente, indeterminado, creemos que, en el caso que consideramos, éste puede ser precisado con bastante aproximación al compararlo con la fecha del C-14 y el correspondiente contexto de elementos culturales.

El escaso espesor o superficialidad de las capas arqueológicas exploradas en varios lugares, indujo a varios investigadores a pensar que la cultura Chibcha era muy reciente. Sin embargo, las experiencias logradas ahora en Sogamoso, nos permiten plantear una situación muy diferente.

Hemos de señalar que el rápido y denso poblamiento de los fértiles territorios de Cundinamarca y Boyacá por parte de los

españoles, sumado al intenso trabajo de explotación de las tierras durante la Colonia, y las numerosas construcciones españolas levantadas en los lugares que habían sido de mayor concentración de población aborigen, explican la circunstancia de que la mayoría de los principales sitios arqueológicos hubieran sido destruidos, como consecuencia de los trabajos, y también por las actividades de guaquería a que se dedicaron muchos españoles durante los días que siguieron a la Conquista.

EL MITO DE BOCHICA

La constatación de numerosos paralelos observados entre los ritos indígenas (inmortalidad del alma, juicio y diluvio universal, etc.), y los del catolicismo, indujo a misioneros y cronistas, a creer que mitos como el de Bochica no eran sino una tradición lejana, pero cierta, de que al país muísca había venido un personaje histórico a predicar a los indios la doctrina de Cristo. Apoyaron, además, tal creencia, ciertas curiosidades como las supuestas huellas de pies humanos que aparecen en varias piedras, y el signo cruciforme pintado o grabado, en diversas rocas, habiendo sido no menos cautivante para los ingenuos misioneros de nuestro territorio el relato del uso de la cruz en ciertas sepulturas.

Los españoles no indagaron sobre el origen y razón de la cruz y no maliciaron que ésta era uno de los símbolos propios de los nativos del Nuevo Mundo. Tampoco recordaron que en el Antiguo Mundo, de donde ellos venían, la cruz había sido un signo de su lejana prehistoria, conocido desde hacía más de 80 siglos, con un sentido muy diferente al que ellos quisieron darle al símbolo americano. Impulsados por sus propias ideas y creencias y con el devoto afán de probar que el emblema cruciforme americano, era el signo de la fe cristiana, realizaron acuciosas averiguaciones, que, si por una parte, dieron origen a teorías tan fantásticas como aquella de que al Nuevo Mundo habían venido apóstoles como Santo Tomás o San Bartolomé o algunos de sus discípulos, por otra, pusieron a salvo informaciones y datos que hoy son de capital interés.

Veamos lo que sobre el particular nos traen algunos de los cronistas a propósito del civilizador de los Chibchas. Juan de Castellanos escribe:

“Verdad sea que cuentan cómo vino
en los pasados siglos un extraño
a quien llamaban Neuterequeteua,

o Bochica por otro nombramiento,
o Xue que, según dicen algunos
no fueron sino tres los que vinieron
en diferentes tiempos predicando;
pero lo más común es que uno solo
tenía los tres dichos epítetos.

Este tenía muy crecida barba
y hasta la cintura los cabellos,
con vendas rodeados y cogidos
al modo del rodete que ellos usan,
.....
.....

andaba, pues, aqúeste según dicen,
las plantas por el suelo sin calzado,
un almalafa puesta, cuyas puntas
ataba sobre el hombro con un nudo,
de donde dicen ellos que tomaron
andar descalzos y con el mismo traje y
largos los cabellos, porque barbas
a muy pocos ocupan las mejillas.

Este les predicaba muchas cosas,
las cuales, si eran buenas, poco caso
hicieron de ellas, pues las olvidaron;
.....
Y el Bochica, que es Neuterequetéua,
a quien ellos alaban por muy santo,
no me parece debió serlo,
pues afirman morir en Sogamoso,
donde son los mayores idólatras
y universal abismo de estos yerros”.

En apoyo de supuestos rastros de la predicación evangélica, recogidos por el P. Simón, éste cronista escribe: “A que ayuda mucho una tradición certísima que tienen todos los de este Reino de haber venido a él, veinte edades, y cuentan en cada edad setenta años, un hombre no conocido de nadie, ya mayor en años y cargado de lanas, el cabello y barba larga hasta la cintura, cogida la cabellera con una cinta, de quien ellos tomaron el traer con otra cogidos los cabellos como los traen, y el dejarlos crecer; andaba los pies por el suelo sin ningún calzado; una almagalafa o manta puesta con un nudo hecho de las dos puntas sobre el hombro derecho, y por vestido una túnica sin cuello hasta las pantorrillas, a cuya imitación andaban también ellos descalzos, y con este modo de vestido, aunque a la túnica han llamado los españo-

les, camiseta, y a la capa o almagalafa, manta, si bien no se usa en todas partes el traer el nudo al hombro con las puntas; y aun traer las camisetas, no es hábito de Moscas sino de los del Pirú, de quien estos Moscas la tomaron desde los primeros que entraron aquí con los primeros españoles que bajaron del Pirú; pues el propio hábito de los de este Reino es ceñirse una manta y cubrirse con otra, como se ve en los indios viejos... Dicen que vino por la parte del Este, que son los llanos que llaman continuados de Venezuela, y entró a este Reino por el pueblo de Pasca, al sur de esta ciudad de Santafé, por donde ya dijimos había también entrado con su gente Nicolás Federmán. Desde allí vino al pueblo de Bosa, donde se le murió un camello que traía, cuyos huesos procuraron conservar los naturales, pues aún hallaron algunos los españoles en aquel pueblo cuando entraron, entre los cuales dicen que fue la costilla que adoraban en la lagunilla llamada Baracio los indios de Bosa y Suacha...; en este valle de Bogotá comúnmente le llaman Chimizapagua, que quiere decir mensajero de Chiminiagua...".

"Otros le llaman a este hombre Nenterequeteba; otros le decían Xue. Este les enseñó a hilar algodón y tejer mantas...; cuando salía de un pueblo les dejaba los telares pintados en alguna piedra lisa y bruñida; como hoy se ve en algunas partes, por si se les olvidaba lo que les enseñaba, como olvidaron muchas cosas buenas que dicen les predicaba en su misma lengua a cada pueblo, con que quedaban admirados. Enseñoles a hacer cruces y usar de ellas en las pinturas de las mantas con que se cubrían, y por ventura, declarándoles sus misterios y los de la encarnación y muerte de Cristo, tratando de la correspondencia que tuvo la cruz con la serpiente de metal que levantó Moisés en el desierto, con cuya vista sanaban las mordeduras de las serpientes; de donde pudo ser la costumbre que hemos dicho de poner cruces sobre los sepulcros de los que morían picados de serpientes; también les enseñó la resurrección de la carne, el dar limosna y otras muy buenas cosas como fue también su vida... Desde Bosa fue al pueblo de Hontibón, al de Bogotá, Serrezuela y Cipacón, desde donde dio la vuelta a la parte norte por las faldas de la sierra, yéndose abriendo caminos y en todo lo demás que anduvo por montañas y arcabucos, fue a parar al pueblo de Cota, donde gastó algunos días predicando con gran concurso de gentes de todos los pueblos cercanos, hasta un sitio un poco alto, al que hicieron un foso a la redonda de más de mil pasos para que el concurso de la gente no le atropellara y predicara más libremente. A donde en después, en reverencia

suya, hicieron santuarios y entierros los más principales indios. Recogíase de noche en una cueva a las faldas de la sierra todo el tiempo que estuvo en Cota, de donde fue prosiguiendo su viaje a la parte del Nordeste, hasta llegar a la provincia de Guane, donde hay muchas noticias de él y aun dicen hubo allí indios tan curiosos que lo retrataron, aunque muy a lo toscó, en unas piedras que hoy se ven, y unas figuras de unos cálices, dentro de las cuevas donde se recogió, a las márgenes del gran río Sogamoso. Desde Guane revolvió hacia el Este y entró a la provincia de Tunja y valle de Sogamoso, a donde se desapareció, quedando hasta hoy rastros de nuestra fe en toda aquella provincia...”.

Sobre las huellas de la presencia de Bochica en el territorio Guane, el Capitán Bernardo Vargas Machuca, en sus discursos apolo­géticos en controversia del tratado que escribió don Fray Bartolomé de Las Casas, Obispo de Chiapa, intitulado “Destrucción de las Indias”, señala que a dos leguas de Vélez está un río y en él una peña “que hace frente, tajada llana y lisa, y en ella escul­pida y labrada una cruz, y yo la he visto; y queriendo el dicho general (Quesada) saber este secreto de ella, maravillándose mu­cho de hallarla, le fue hecha relación por indios muy viejos, que dello más que otros tenían noticia de sus padres y antepasados, que de mano en mano debía venir de más de mil y quinientos años, conforme a la cuenta que daban por lunas, como si dijésemos meses, porque otra no la tienen ni usan, de que pasó por aquella tierra un hombre con barba larga, su vestido y traje eran conforme ellos lo usan que al parecer de muchos, así en el cabello, vesti­do y zapatos, si algunos lo traen, es como nos pintan el de los apóstoles, y si difieren en algo es muy poco, y que traía en la mano una insignia semejante a la que allí estaba en aquella peña, la cual señaló el mismo con la uña mayor de su mano derecha, y que pretendió darles nueva doctrina y diferente de la que ellos tenían; y como no la recibieron, se fue habiéndoles dicho que vendría tiempo en que sería toda aquella tierra poseída por una gente extranjera, por quien siguieren la doctrina y religión que él les predicaba, y que ellos tenían por cierto que era ya cumplido el tiempo con la entrada de los cristianos y también que debía ser toda una doctrina y ley”.

Las tradiciones recogidas por los cronistas Simón y Vargas Machuca en relación con el tiempo en que, según los nativos, apa­reció el augusto predicador y reformador Bochica o Nemqueteba, las consideramos del más grande interés. Unas y otras fueron el fruto de pesquisas hechas entre indios viejos, que eran los que

mejor conservaban las tradiciones y guardaban la memoria del tiempo.

En uno de los pasajes de las Noticias Historiales en que se habla de la venida y enseñanzas de ese caudillo, el P. Simón trata de puntualizar su pensamiento al decir “la cual tradición ni apruebo ni repruebo, solo la refiero como la he hallado admitida por cosa común entre los hombres graves y doctos de este Reino”. Esta actitud un tanto dubitativa desaparece en otros pasajes del cronista, seguramente por la confianza puesta en las personas “graves” y “doctas”, que le informaron sobre el predicador. Era costumbre poner en la mano del Cacique muerto —dice el citado historiógrafo— un “pedazo o tiradera hecha de oro a devoción de la que arrojó el dios Bochica desde el arco del cielo cuando hizo con ella paso a las aguas de este valle”. Es indudable que tal costumbre religiosa contribuyó a mantener vivo el recuerdo del héroe civilizador. En la memoria de los chibchas —dice Triana— “se conservó vivo el recuerdo... de Bochica... que vino para ilustrarnos...” y agrega que “para la época de la Conquista española y un siglo después... el recuerdo de Nemqueteba y sus prodigios era tan nítido y detallado, como si su peregrinación hubiese sucedido pocos años atrás”. Nada de extraño tiene esto, si, como lo anotan Cuervo Márquez y Liborio Zerda, entre las enseñanzas que en la cuca o seminario recibía el futuro sacerdote muisca estaba la del cómputo del tiempo, pues los jeques eran los únicos depositarios de las ciencias astrológica y cronológica, explica el segundo de estos autores.

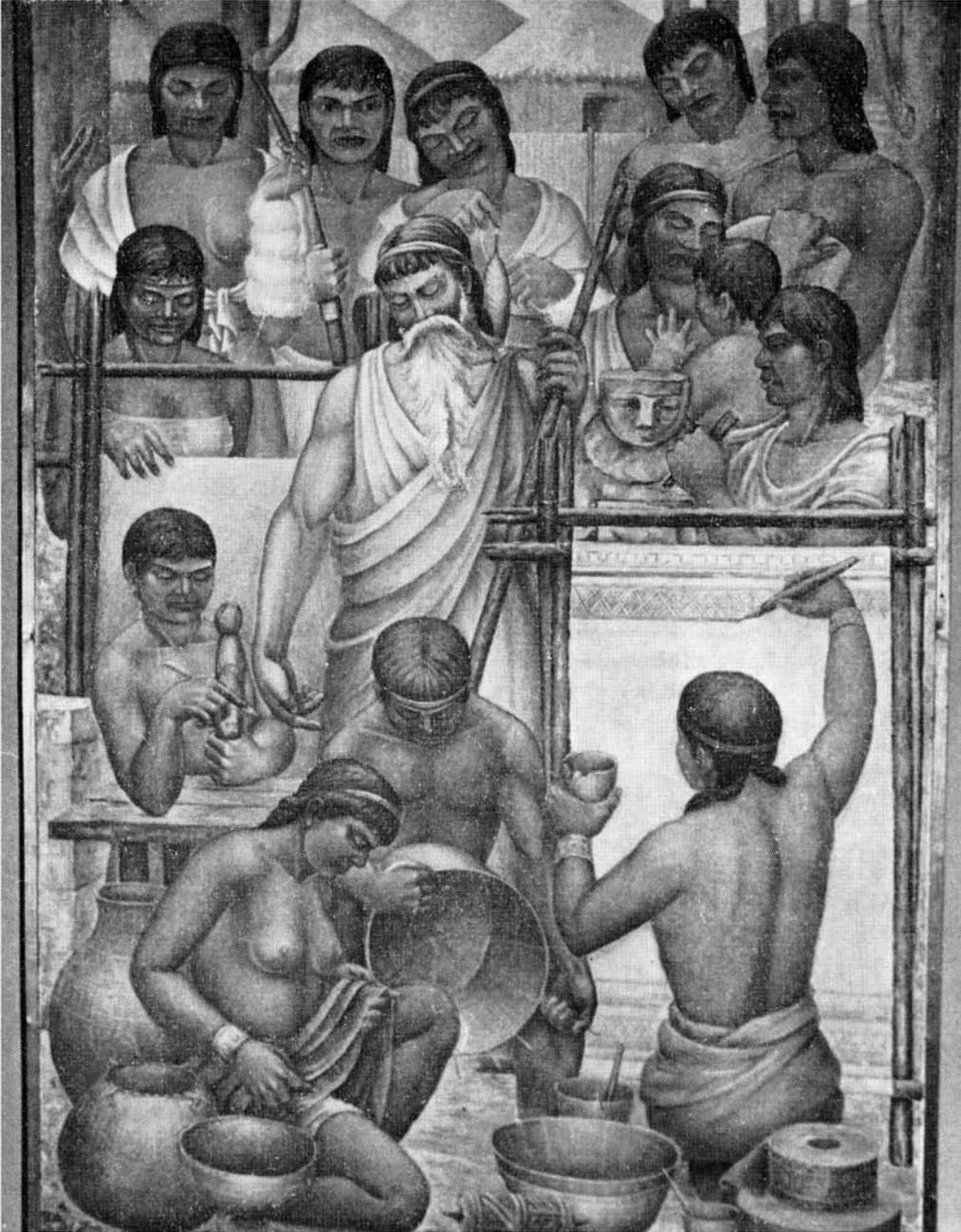
El mito de Bochica nos pinta claramente la situación anterior de los primitivos habitantes, que “solo se cubrían con planchas que hacían de algodón en rama y atadas burdamente unas a otras por medio de cordezuelas de fique, todo mal aliñado y aun como a gente ruda”, haciendo ver con esto el importante hecho de que por ser fría la altiplanicie, los primeros naturales llegados a ella se cubrían el cuerpo con ramas. Quiere ello decir que los más viejos ocupantes del territorio de Cundinamarca y Boyacá, eran muy primitivos, seguramente cazadores-recolectores. Bochica les enseñó a hilar algodón y tejer mantas, pero como se trataba de gente muy “ruda” les dejaba pintados los telares en las rocas para que no olvidaran sus enseñanzas. Les dio “leyes y modos de vivir” y “otras cosas de la vida política”, así como también los instruyó tanto en los preceptos de la moral y de la religión, de la que “aún guardaban a la llegada de los españoles” como sobre las formas de solidaridad humana: ayudar a los necesitados, atender a los ancianos,

etc. En cada circunstancia les hablaba y predicaba en la lengua del respectivo pueblo, con lo que “quedaban muy admirados”, denunciando así que los primitivos ocupantes del altiplano eran tribus de diversa filiación lingüística y, probablemente, cultural. Durante su correría, Bochica visitó a varios pueblos (Cota, Bosa, Hontibón, etc.), y aun cuando no hay ninguna referencia sobre la habitación, la existencia de alguna clase de albergue puede deducirse tanto por razones climáticas como por el contexto del propio mito.

Las enseñanzas de este civilizador no tuvieron igual acogida en todas partes. Pues, mientras que por los lados de Cota, por ejemplo, acudían a oír su voz indios en gran número, en la región de Guane los nativos se mostraban recelosos de la “nueva doctrina... que pretendió darles... diferente de la que ellos tenían”. Y como “no la recibieron”, el predicador se marchó. Estos pasajes acusan una actitud rebelde y hostil, que contrasta con el carácter sumiso y pacífico de los indios de la sabana, los que, incluso, le prestaron colaboración. Las formas distintas de conducta, que aquí aparecen, apoyan la idea de la diversidad tribal y lingüística, que que se aprecia en otras partes del mito.

En la parte del mito en que Bochica, al ser implorado por los indios de Bogotá, acude a salvarlos de las inundaciones de la sabana, causadas por el colérico Chibchacúm, aparece algo aparentemente inexplicable y contradictorio. El historiador Simón, refiriéndose a Chibchacúm, dios “propio de esta provincia de Bogotá”, señala que “más en particular era... de los mercaderes (de que se precian mucho estos indios), plateros y labradores, y como de gente rica”, no quería que le ofrecieran sino oro. Y respecto de Bochica afirma que, aunque era igualmente dios universal, “más en particular lo era de los Caciques y Capitanes”, a quienes, junto con sus vasallos, llamó “a voces” desde el “capitel” del arco iris, en donde apareció, para manifestarles que atendía los ruegos que le hacían y con la “vara de oro” que llevaba en la mano rompió la roca, dando así paso a las aguas que formaron el salto de Tequendama.

Las condiciones sociales y culturales que nos dibuja la parte del mito que hace relación a la obra educadora y civilizadora de este personaje, presentan fuerte contraste, tanto con la escena que más tarde precedió al acto del desagüe de la sabana y la condición de Bochica como deidad particular de “Caciques y Capitanes”, así como también con la función específica de Chibchacúm en su condición de protector de los mercaderes, plateros y labradores. A menos que esta parte del mito pudiera conectarse con el testimonio



Bochica o Nemqueteba, el mítico héroe civilizador de los chibchas, hizo su aparición en la altiplanicie colombiana allá por los siglos V^o o IV^o antes de la era cristiana. La presencia de este caudillo señala el comienzo de la civilización muisca.

(Cuadro que ilustra el Museo Arqueológico de Sogamoso, elaborado por David Parra bajo la dirección de E. Silva Celis, Fundador-Director del Museo).

de Piedrahita en relación con la larga vida (2.000 años) del predicador en Sogamoso, y que antes de su desaparición en tal lugar hubiera realizado en la sabana de Bogotá el milagro de la desecación, podrían tener plausible explicación tan distintas situaciones sociales y económicas de los chibchas. Ello no es muy probable. Pensamos, como lo cree igualmente Pérez de Barradas, que el mito está incompleto y que, seguramente, lo anotado por los cronistas no es sino una parte de todo un ciclo que no logró ser captado totalmente por los historiógrafos de la Conquista.

EL MITO Y LA ARQUEOLOGIA

Haciendo un cálculo retrospectivo, a partir de 1537, resulta que hacia el año 137 de nuestra Era, según las cifras del P. Simón, y hacia el 37 de la misma, de acuerdo con Vargas Machuca, aparece la imagen mítica del civilizador Bochica instruyendo a los chibchas en industrias como la textil, enseñándoles a pintar en rocas, piedras y mantas, a tiempo que los educaba institucionalmente. La fecha conseguida por el análisis de la aludida materia orgánica arqueológica de Sogamoso es de 1640 años, más o menos 50, calculada para antes de 1950. Quiere ello decir que hacia el año 310 de la Era Cristiana, los muiscas de Sogamoso tenían entre sus ritos el del sacrificio del maíz por medio del fuego. De acuerdo con la posición estratigráfica en la cual registramos la muestra analizada y el contexto de elementos culturales correspondientes (cerámica, hueso, etc.), la edad indicada por el radiocarbono corresponde a un momento en el cual la civilización chibcha ya estaba notablemente desarrollada.

Aunque la anterior es la fecha más antigua hasta el momento lograda para la cultura chibcha, la edad de ésta es mucho mayor. Es indudable que el tiempo de elaboración cultural necesario para alcanzar dicha cultura el desarrollo que, para el caso, pudiéramos caracterizar por sacrificios por medio del fuego como el del maíz, debió abarcar varios siglos. El mito de Bochica es particularmente orientador y los testimonios de tiempo consignados por los cronistas sobre esta entidad mitológica cobran aquí todo su valor. Si tenemos en cuenta que la datación por medio del radio-carbono deja, en no pocos casos, cifras de 100-200 o más años, con posibilidades de más o de menos tiempo, es sorprendente el relativo grado de aproximación que se presenta entre las fechas aportadas por los indígenas, especialmente la de los Guanes, y la dada por nuestro material, adicionada con el tiempo requerido para alcanzar la

civilización muisca el nivel de desarrollo señalado por el holocausto del maíz por medio del fuego. No hay que olvidar que en la relación hecha por los indios de Vélez a Jiménez de Quesada se habla de “más de mil y quinientos años”, lo cual quiere decir que el famoso caudillo de los chibchas apareció antes del comienzo de la Era Cristiana.

Sea que se trate de una entidad civilizadora única como lo quieren Castellanos y Piedrahita, o de dos (una para Bogotá y otra para Tunja), según los cronistas Simón y Zamora, es evidente que con la imagen mítica de Bochica se asocian los dibujos de las primeras pictografías y el comienzo de las industrias y artes. Los testimonios de los cronistas sobre la época de la llegada de este personaje confrontados con la fecha dada por el C-14 nos pone de manifiesto el hecho de que a la cultura propiamente chibcha hay que asignarle, al menos por ahora, una antigüedad no inferior a los dos mil años. En el caso de que llegara a comprobarse que se trata de un civilizador único, nuestro planteamiento se vería aún más vigorizado con las tradiciones recogidas por el Obispo Piedrahita, según las cuales Bochica o Nemqueteba “murió en Sogamoso después de su predicación, y que habiendo vivido allí retirado veinte veces cinco veintes de años, que por su cuenta hacen dos mil, fue trasladado al cielo”.

De todas maneras, las más antiguas, claras y definidas manifestaciones culturales chibchas hay que proyectarlas, por lo menos, a los últimos quinientos o cuatrocientos años que precedieron al comienzo de la Era Cristiana. En efecto, si para el año 310 ya contaban los indios de la altiplanicie no solo con una religión formalizada y compleja sino con una cultura bien evolucionada, según las evidencias arqueológicas, es indudable que los procesos de desarrollo anteriores necesitaron varios siglos. En el cuadro de secuencias cronológicas para Colombia, los doctores Angulo y Meggers sitúan la cultura chibcha a finales del Período V (AD 1000-1500), cuando la realidad que aquí presentamos pone de manifiesto que los albores de la misma hay que colocarlos a comienzos del Período III (-500 BC -0- AD 500), de conformidad con dicho sistema cronológico.

La dimensión temporal que establecemos por ahora, para los momentos iniciales de la civilización chibcha de Cundinamarca y Boyacá es, pues, de dos milenios. Con esto, ampliamos hacia el pasado en 1700 años el corto tiempo (300 años) que le han asignado varios de mis ilustres colegas de Colombia y del extranjero. De esta manera y por razón de lo que dio y recibió la cultura chibcha

o muisca entra a jugar un papel muy importante dentro de las consideraciones de desarrollo de las altas civilizaciones americanas.

DISCUSION GENERAL

Creemos que el mito de Bochica está lejos de ser una imaginería indígena. Por el contrario, estimamos que él oculta hechos concretos aunque, ciertamente, muy desvanecidos por el paso de los tiempos. Sus huellas permiten, no obstante, reconocer una realidad concreta ubicada en un pretérito muy lejano. Rastros de la diversidad lingüística de los tiempos míticos son, sin duda, las variantes de lenguaje observadas a la hora de la Conquista por los españoles, entre los indios de las provincias de Bogotá, Tunja y Sogamoso. Estamos seguros que un estudio a fondo de la lengua chibcha, realizado en términos stratigráficos, podrá determinar un substrato lingüístico muy antiguo. Es posible también que dentro de la variedad morfológica (craneal y esquelética) precolombina, como la que hemos venido hallando en Cundinamarca (Soacha) y Boyacá (Tunja y Sogamoso), puedan discriminarse tipos físicos que correspondan a las tribus que, con bagaje cultural muy bajo, tomaron asiento primitivamente en estos territorios y sobre los cuales y con cuyo concurso se fundó la civilización chibcha. Para evidenciar esto, solo han faltado las adecuadas condiciones que permitan el registro de los restos esqueléticos por niveles estratigráficos.

La existencia real de telares, "cálices" y "cruces", dibujados a tinta roja en rocas y piedras en lugares por donde, de acuerdo con el mito, pasó el predicador, no puede tomarse como una simple coincidencia, como tampoco la de los emblemas cruciformes pintados en las mantas prehistóricas descubiertas en cuevas naturales del territorio Guane y de Paz del Río.

La firme convicción con que hablaron los muisca en relación con el arribo de Bochica procedente del Este; las sospechas de Castellanos y Simón sobre la llegada a la altiplanicie de gentes orientales; las relaciones comerciales y los contactos culturales mantenidos desde muy antiguo por los muisca con pueblos del Este, hasta el momento de la llegada de los españoles, y de lo cual son prueba los litoglifos y litogramas de diversa edad, que conforme lo hemos señalado en otro estudio, aparecen a lo largo de las hoyas de los ríos que se desprenden de la Cordillera Oriental y buscan desagüe en los ríos Orinoco y Amazonas, todo esto, y lo anterior, comunica fuerza a nuestra hipótesis de que en el mito de Bochica, pese a

estar incompleto, hay un núcleo histórico, que guarda el recuerdo de sucesos acaecidos en el remoto pasado.

En torno del augusto y legendario civilizador Bochica, los muisca concentraron las explicaciones de los problemas relacionados con el origen de su cultura. Creemos que Bochica o Nemqueteba corresponde a la personificación, en uno o dos individuos, de todo un pueblo, pequeño o grande, venido del Este, con un bagaje cultural bien desarrollado, que habiendo ascendido a los Andes, atrajo a las tribus primitivas que ocupaban la altiplanicie y con ellas modeló y fundó la civilización que con el curso de las edades vino a ser la sorpresa de los conquistadores peninsulares. Pensamos, sin embargo, que el origen primario de un buen número de los principales elementos integrantes de tal cultura no son propiamente orientales, aun cuando la dirección que trajo el civilizador pudiera de alguna manera apoyar la tesis (sostenida por algunos investigadores) de antiguas corrientes originarias del Este que habrían alcanzado las planicies andinas, caso en el cual se trataría, principalmente, de un viaje de retorno a Occidente de una o varias mareas culturales de origen septentrional u occidental, que se hubieran desplazado en remotas épocas por las hoyas del Amazonas y Orinoco. De todas maneras, y sin menospreciar la importancia de los aportes propiamente orientales, especialmente de los de filiación karib y arawak, que alcanzaron las alturas andinas aprovechando vías como las que, con base en los litoglifos hemos señalado en un trabajo anterior, el estado actual de la arqueología nos indica una orientación más fuertemente septentrional y occidental que oriental para un conjunto respetable de elementos culturales chibchas, como veremos más adelante.

La conexión en que se presenta el famoso civilizador de los chibchas con signos pictográficos tales como el cruciforme, el caliciforme y toscas y esquemáticas figuras antropomorfas, indica que la primera o las primeras capas de litogramas tienen una antigüedad que se confunde con la aurora de la civilización muisca. A la misma antigüedad hay que referir el comienzo de la industria textil, pues, como lo anota el P. Simón, Bochica "les enseñó a hilar algodón y tejér mantas. . . ; cuando salía de un pueblo dejaba los telares pintados en alguna piedra lisa y bruñida, como hoy se ven en algunas partes, por sí se les olvidaba lo que les enseñaba. . .". Esta circunstancia explica el que, por una parte, los textiles de algodón surgieran tocados de lo religioso y sagrado y tuvieran luego a Nemcatocoa o Fo como deidad protectora particular, y, por otra, que alcanzaran las mantas excepcional importancia en la vida social y

religiosa. Por ello, Trimborn escribe: "Nous avons doné là un cas de rapport direct entre un rite pictographique et le thème mytique correspondant". Recientemente hemos descubierto pinturas rupestres en las que reconocimos tanto la representación del telar dibujado a tinta roja como las figuras caliciformes y cruciformes de que da cuenta el mito, en lugares por donde, según la tradición, pasó el caudillo civilizador de los muiscas. En otro estudio nos ocupamos de estos temas.

Es del más alto interés señalar el énfasis con el cual en el mito se destacan la aparición del hilado, del tejido, el vestido de algodón y las pinturas en mantas y rocas. Esto es tanto más importante por cuanto con tales elementos culturales y, posiblemente, con otros que oculta el mito de Bochica (ceremonias de entierro, religión lunar, horticultura, etc.), encontramos una admirable correspondencia, con lo que, según Girard, el Popol-Vuh puntualiza como rasgos básicos de la Tercera Edad de la Historia Maya-Quiché. Igual concordancia cultural hallamos en el relato ilustrado que Guaman Popa de Ayala hace en su "Nueva Corónica", referente a la Tercera Edad (prehistórica) peruana llamada Purun-runá, en la cual "comensaron ahazer ropa texido y hilado auasca (tejido corriente) y de cumbe (tejido fino, tapicería) y otras pulicías y galanterías y plumajes, y edificaron casas y paredes de piedra cubierto de paxa y alsaron Reys y señores capitanes a los dhos lexitimos de uaricocha, la llamaron capa apo".

Al establecer la concordancia entre el Popol-Vuh y la "Nueva Corónica" en cuanto al tiempo en que Mesoamérica y en el Perú, aparecen el telar, el hilado, el tejido de algodón y el arte de vestir, el sabio americanista Rafael Girard relievá, con razón, la importancia de tal hecho, que pone de presente la época en que se llevan a cabo tan notables "inventos del ingenio amerindio, que producen una revolución en el arte de vestir". Podemos nosotros preguntar, si fuera de la evidente concordancia cultural, no podrá haber, en cierto grado, una correspondencia en el tiempo, entre el mito de Bochica, el contexto de la citada fuente peruana y el del libro sagrado de los Maya-Quiché. Cualquiera que sea la respuesta, la identidad de la tradición chibcha con la Maya-Quiché y peruana, es respetable indicio de la alta antigüedad de algunas de las industrias básicas, como la textil, en la civilización chibcha. "De cualquiera manera el tejido es muy antiguo", dice Vaillant quien, también escribe "podemos postular con cierta confianza que el arte de tejer en el Nuevo Mundo estaba ya muy adelantado en un horizonte cultural remoto".

Si, como parece firmemente establecido, en el Perú (Huaca Prieta), fue descubierto algodón domesticado, con una edad de dos mil años antes de la Era Cristiana, no es imposible que tanto el conocimiento del beneficio de esta planta como el del hilado y el tejido hayan sido aportados por el civilizador Bochica hace aproximadamente dos mil años, como consecuencia de la difusión de las civilizaciones centroandinas por el Este sudamericano. Indices de la alta antigüedad y larga tradición de los tejidos de algodón entre los muiscas son, además, las variedades de tan preciosa malvácea que, como las del territorio de Lengupá, están siendo objeto de la atención científica de los botánicos, y la gran elaboración alcanzada por los tejidos, muchos de los cuales, como en el viejo Perú, fueron matizados con plumas en la trama de los mismos.

Podemos discutir un tanto más sobre la antigüedad de la civilización chibcha. El material que nos ha servido de base para la datación general de esta civilización, a saber, el maíz, nos permite hacer interesantes consideraciones. Por las relaciones que nos dejaron los cronistas y nuestras propias experiencias, hoy sabemos que las esmeraldas y el oro; el maíz, las mantas y los perfumes o inciensos, y las conchas de mar, los guacamayos y papagayos fueron, con el fuego, el agua y la tierra —que sirvieron de medio—, altamente estimados y apetecidos por los indios de la altiplanicie colombiana para sus ritos, sacrificios y ofrendas. Y como en Mesoamérica y México, San Agustín y los Andes Centrales, el maíz entre los Chibchas, fue objeto de especial consideración en varios de sus actos culturales. Es, ciertamente, muy extraño, que nada nos digan las fuentes históricas sobre el sacrificio del maíz por medio del fuego, a pesar de que tal práctica pudieron haberla conocido los españoles, pues la arqueología la ha revelado incluso en los niveles estratigráficos más superficiales. Una idea sobre la importancia que tuvo el maíz para el culto entre los muiscas, aun en tiempos de post-Conquista, la tenemos en una cortísima referencia traída por Vergara y Velasco, quien anota que los granos de tan precioso cereal americano eran “envueltos entre algodones y mantas” y puestos en los “santuarios”, donde los indios los custodiaban, considerando terrible desgracia “abandonarlos” o “entregarlos a los españoles”.

No obstante, dada la frecuencia con que hemos venido registrando tan importante rito, y la importancia que tuvo el grano en la civilización muisca, creemos que, como en Mesoamérica, Perú y,

posiblemente, San Agustín, entre los Chibchas, el maíz fue considerado dentro del cuadro de lo sagrado o divino.

Es evidente que si para el año 310 este cereal era objeto de sacrificios como el señalado, fue porque la bondad y utilidad del grano, había sido ampliamente establecido por la sociedad, que, en consecuencia, hubo de sublimarlo y considerarlo como elemento sagrado; o porque habiendo recibido de fuera tal práctica, los chibchas la aceptaron, remodelaron e integraron dentro de su patrimonio de cultura. Pero dado el carácter conservador de los pueblos primitivos, lo uno o lo otro requirió, sin duda, un largo espacio de tiempo. Dejando al margen cualquier especulación sobre los procesos de adaptación, aclimatación, y, tal vez, de domesticación, observamos que la aparición de múltiples variedades de maíz tan claramente definidas como para haber adoptado nombres distintos, no es un fenómeno biológico que puede cumplirse en corto tiempo, máxime si se trata, como en el presente caso, de un territorio que, como el muisca, por ser de clima frío, no ofrece condiciones ecológicas que favorezcan o estimulen cambios acelerados en la fisiología vegetal. La lingüística sale aquí en nuestro apoyo. Walter Lehmann trae los siguientes vocablos que designan diversos estados y variedades de maíz:

Grano de maíz	agua
Hoja de maíz	ab-quye, fica
Mazorca de maíz	aba
Maíz amarillo	abtyba
Maíz colorado o rojo,	fuquie pquyhyt
Maíz blanco	salam(n) y
Maíz negro	chyscam(n) y
Maíz rojo-blanco	phochuba
Planta verde de maíz	amnecnuchayra
Planta seca de maíz	amtaquyh.

De Uricoechea tomamos las siguientes palabras:

Cabello de mazorca de maíz.	abzye
Caña de maíz hecha	amne
Caña de maíz verde	amme chuhuchua (chuhuchua)
Caña de maíz seca	amtaquyn
Dañarse el maíz antes de cogerse . . .	achuzansuca
Dañarse el maíz en la casa	agahachansuca
Grano de maíz	agua
Hoja de maíz	abquye
Maíz blanco	fuquie pquyhyza
Maíz arroz	hichanmuy (hichammy)
Maíz desgranado	agua
Maíz negro	chyscamuy (chyscamy)

No hay duda de que, en su desarrollo y evolución, la cultura chibcha o muisca fue coetánea con la de San Agustín por lo menos durante los dos últimos tercios de vida de ésta. En el transcurso de largo tiempo, las dos mantuvieron intensas y variadas relaciones según se colige del considerable número de elementos y rasgos culturales, que, con las naturales y explicables variantes, en una y otra civilización ha venido registrando la arqueología, como los siguientes: habitaciones de planta circular; tejuelos hechos de fragmentos de arcilla cocida; variados estilos y técnicas ornamentales en la alfarería; silvatos en arcilla cocida; transporte de niños a la espalda en estatuaria lítica; utensilios de piedra con la representación del mono en alto relieve; estilo de ojos y boca (formas rectangulares y cuadrangulares), sombrero o gorrete coni o piramiforme y disposición de los brazos doblados en ángulo recto contra el pecho, en estatuaria lítica; talla lítica en plástica redonda y sobre lozas de piedra; escultura femenina en piedra simbolizando estados grávidos; pintura roja en escultura lítica; piedras con "moyas"; narigueras en forma de media luna y joyeles que representan el águila; el emblema espiroidal divergente, grabado, formando ramillete; motivos geométricos en colores rojo, negro y amarillo, pintados en piedras; entierro simbólico del fuego; representación del pez, los batracios y el lagarto, con significación mágico-religiosa; el color rojo como objeto de simbolismo relacionado con la muerte; inhumación dentro de las habitaciones; sacrificio de niños al sol; figuras antropomorfas en arcilla cocida en las tumbas; sepulcros rectangulares o cuadrangulares revestidos con losas de piedra; inhumación de cadáveres con los miembros plegados, o completamente extendidos; capas de tierra arcillosa cubriendo los muertos en los sepulcros; piedras y manos de moler, a veces intencionalmente rotas, en las tumbas; basuras empleadas como relleno en las tumbas; hoyos de forma troncónica en las tumbas; urnas funerarias; oleación del esqueleto con ocre rojo; dualismo conceptual en varias manifestaciones culturales, etc.

Pero fuera de lo anterior, y de lo que dejamos indicado en relación con la orfebrería, consideramos como pruebas de que los chibchas del altiplano estuvieron en el Occidente colombiano e hicieron, incluso, permanencia considerable en algunos lugares, las pictografías en color rojo de la Peña de Pitayó (Cauca) y las de Santa Rosalía de Palermo (Huila), en igual color, las cuales son sorprendentemente iguales a las que exhiben rocas y piedras de Cundinamarca y Boyacá.

Hay algo más todavía. Es posible que el conocimiento del hilado y el tejido de algodón haya sido llevado a San Agustín por los Muiscas. Aunque por el momento las pruebas sobre el particular son muy escasas, merece ser tenido en cuenta un tortero o volante de huso, en piedra, de forma troncónea, presentado por el doctor Duque Gómez. Tal utensilio exhibe la típica decoración incisa, geométrica y volutada, que es característica de esta clase de implementos chibchas.

Aunque la época tardía en que se presenta la iniciación de la industria de los tejidos entre los agustinianos obra en favor de nuestros planteamientos, no deja de sorprender el hecho de que en una cultura tan elaborada como la del alto Magdalena, tal industria solo aparezca en el 3er. período ("Mesitas Superior"), de conformidad con el cuadro cronológico de Duque Gómez, es decir, en el siglo VIII o IX.

Prescindiendo aquí referirnos a la cuestión relacionada con la distribución lingüística del grupo chibcha, la cual, por lo demás, apoya ampliamente nuestro postulado sobre la edad de la cultura de este nombre, pasamos a señalar, como sigue, algunos de los principales elementos culturales muiscas que, con explicables variaciones, aparecen igualmente en México y América Media, especialmente en Costa Rica, Honduras, Nicaragua y el Salvador: plataformas rectangulares de tierra, grandes y medianas, algunas enmarcadas con piedra, como en el caso de las de Avendaño, entre Santander y Boyacá; plataformas rectangulares de tierra, medianas, coronadas con estatuas líticas, según lo hemos registrado en el alto río Cravo (montañas de la Salina de Monagua); monolitos de carácter fálico; estampadores cilíndricos y trompetas, en arcilla cocida; el ojo en círculo, como de buho, en estatuaria lítica; losas o pilares de piedra con petroglifos; el complejo agrícola maíz-fríjol-calabaza; representación grabada en rocas y piedras de un rito relacionado con las aguas pluviales; hoyos grandes y medianos rellenos de piedra rota y entera (Sogamoso, Tunja, Buenavista, etc.); sepulcros rectangulares o cuadrangulares enchapados totalmente con losas de piedra; cristales de cuarzo en las tumbas; ocarinas ornito y antropomorfas en arcilla cocida; conchas grandes de mar, recortadas y perforadas adaptadas como instrumentos musicales; vasijas en forma de zapato; figuras bicápites antropomorfas y zoomorfas; aleación del oro y el cobre y, en general, el complejo de la metalurgia colombiana; capas de tiestos; deidad protectora de los tejidos, de los mercaderes y de la mujer parturienta, respectivamente; figuras antropomorfas

pequeñas en arcilla cocida; litoglifos y litogramas, etc. En otro orden, son de subrayar: el sacrificio humano de la gavia, y el de animales (especialmente de aves) en sustitución del ser humano; el sacrificio de consagración de construcciones con víctimas humanas; privilegio, en ultratumba, para la mujer muerta en el parto y el hombre en la guerra; entierro de personas vivas al lado del cadáver del jefe muerto; disfraces con máscaras; culto al fuego y sacrificio de perfumes por medio de éste; empleo ritual de la coca en relación con el culto de los ídolos; carácter mágico de las cenizas; abstinencia sexual y ayunos rituales; poder mágico sobre las fuerzas y fenómenos naturales; el pez como símbolo de fecundidad; sacrificio de prisioneros tomados en la guerra; aves sagradas (guacamayos y papagayos), la serpiente, los batracios (ranas y sapos), el mono, etc.

En cuanto a correspondencias o afinidades chibchas con las civilizaciones de la región central de los Andes y, en particular, con las peruanas, anotamos las siguientes: casas de planta circular; taravita y puentes colgantes en general; andas o literas para los jefes; trompetas de caracol marino y flautas hechas de huesos largos humanos; conejillo de Indias o cuy; gran variedad de plantas domésticas y prácticas de irrigación; peines de palitos y vasijas dobles; tejidos muy desarrollados y empleo de plumas en los mismos; uso de la coca con carácter ritual y baño lustral o purificador; culto al fuego y sacrificio del maíz por medio de éste; aves míticas mensajeras y entidades o divinidades barbadas; sacrificio de animales en honor de las divinidades; carácter sagrado del maíz y de los tejidos; corte del cabello como castigo; ayunos, abstinencias y castidad para los sacerdotes; danzas con máscaras; continencia sexual para el viudo, durante cierto tiempo, impuesta por la esposa al morir; idolillos o figuras de carácter familiar o personal; carácter mágico de las cenizas y entierro de las mismas; culto a los lagos, ríos y peñascos; expresión plástica (grabada) de un rito relacionado con las aguas pluviales; libertad sexual en fiestas públicas especiales; concepción de una pareja masculino-femenina; casas para algunos muertos; tumbas en forma de pozo e inhumación del cadáver con los miembros plegados contra el pecho; entierro en rocas y cuevas naturales; entierro de personas vivas para acompañar el cadáver del jefe muerto; entierro de niños en urnas; momificación de cadáveres pertenecientes a personas de alta jerarquía; culto a las momias en el Templo del Sol y participación de ellas en la guerra; culto solar (sol y luna), el pez como símbolo de fecundidad, etc.

El considerable número de concordancias, afinidades o parentescos culturales que, con respecto a San Agustín, Mesoamérica y México y los Andes Centrales, ofrece la cultura chibcha, es grandemente instructivo. Tales concordancias obran en favor de la antigüedad que aquí postulamos para ésta y sugieren la existencia de una base formativa común a las altas civilizaciones del Nuevo Mundo.

Obviamente, la estructuración de la civilización chibcha, lo mismo que los desplazamientos humanos y las influencias culturales, directas o indirectas, que ella estimuló o produjo, y la asimilación, remodelación e integración a su propio corpus de cultura de la acción civilizadora venida de fuera, requirieron, necesariamente, un largo espacio de tiempo.

La anterior confrontación nos pone de presente, por otra parte, que en el proceso de su desarrollo y por hallarse enclavada en un territorio geográficamente intermedio entre los dos grandes polos de civilización, septentrional y meridional, la cultura chibcha estuvo intensa y profundamente vinculada a la cadena de las altas civilizaciones americanas y que fue contemporánea con varias de ellas durante los dos últimos milenios de historia aborigen.

CONCLUSIONES:

El ascenso cultural de los Chibchas o Muisca desde el umbral de los sencillos cazadores-recolectores, que los precedieron en la altiplanicie colombiana, hasta el elevado nivel en que los encontraron los españoles, constituye uno de los más fascinantes capítulos de la historia de América precolombina.

Por razón de su carácter "misionero", de su austeridad, ejemplo y bondad hacia los hombres, y por haber realizado actos trascendentales como el desagüe de la sabana de Bogotá, la formación de la cascada del Tequendama y haber condenado a Chibchacúm a cargar sobre sus hombros el mundo, frecuentemente Bochica ha sido elevado al rango de divinidad. Nosotros creemos, sin embargo, que se trata de un típico Héroe Civilizador, de un instructor de la humanidad aborigen, comparable al sublime Viracocha del antiguo Perú, al conductor y sapientísimo Quetzalcoatl, de México; al Pay Zumé, profeta milagroso y andariego del Brasil y Paraguay; al Amalivaca, de Venezuela; a los Gemelos Divinos Hunahpú e Ixbalamqué, de los Maya-Quiché, y a tantas otras entidades extraordinarias y sublimes del Nuevo Mundo, que cumplieron una misión cultural semejante en diversas regiones de América.

Aprovechando con singular ingenio y talento los recursos naturales que les brindó el generoso territorio que ocuparon en el centro de Colombia, en el decurso de no menos de dos mil años, contados a partir de la quinta o cuarta centuria que antecedió al comienzo de la Era Cristiana, los Chibchas desarrollaron y estructuraron, con personalidad y características propias, una de las culturas elevadas más interesantes del Nuevo Mundo.

El prestigio de que se rodearon estos indios al calor de la celebridad de centros religiosos tan importantes como el de Sogamoso (Templo del Sol), al cual tenían libre acceso los devotos peregrinos de todo el país muisca, aun en tiempo de guerra; de la fama de sus industrias y artes como la de orfebrería, en Guatavita, y la de la escultura en piedra, de Sogamoso, Alto Cravo, Socha, Jericó, etc.; de los ponderados y solicitados tejidos de algodón de Chocontá, Turmequé, Tunja, Sotaquirá, Sogamoso, Territorio Guane, etc.; del inmenso beneficio que derivaban de las ricas fuentes saladas de Zipaquirá, Nemocón, Tausa, Chámeza, Lengupá, Gámeza y otras; de la explotación y fino trabajo de la esmeralda, extraída de las montañas de Muzo, Coper, Buenavista, Somondoco, etc.; de la extracción y empleo industrial del carbón mineral arrancado de las ricas vetas de Sogamoso, Tópaga, Gámeza y Monguít; de la intensa agricultura practicada con gran variedad de plantas útiles, todo esto, sumado tanto al carácter pacifista y legalista como al agudo sentido mercantilista de los Chibchas, trajo gran popularidad a estos nativos y explica por qué, en la dirección de los cuatro puntos cardinales, hubieran podido llevar su influjo civilizador muy lejos de las fronteras de sus propios dominios territoriales y se hubieran puesto en contacto o relación con numerosos pueblos y culturas.

A P E N D I C E

Al término de la presente memoria, recibimos del doctor Manuel José Casas Manrique, Director del Instituto Colombiano de Antropología, y del señor Vidal A. Roza, artista dibujante de dicha institución, la información verbal de un hallazgo casual, hecho muy recientemente en cercanías de la población sabanera de Suesca durante la preparación de tierras en trabajos agrícolas. El hallazgo consistió en un esqueleto chibcha, que el arado arrancó y destrozó. Del correspondiente cráneo, igualmente destrozado, fue recogido el maxilar superior, el cual lo conserva el dueño del terreno.

De acuerdo con lo informado por los mencionados miembros del Instituto Antropológico, a quienes fue presentado el maxilar para su reconocimiento, el primero de los premolares, de cada lado, ofrece una concavidad artificial de forma cónica. Una de éstas exhibe, incrustada, una esmeralda fina muy bien tallada. Es posible que la piedra preciosa de la opuesta concavidad haya sido perdida post-mortem.

Dentro de los planteamientos que dejamos expuestos en el presente estudio, el caso de la mutilación dentaria y las incrustaciones, es de particular interés. Por ello lo consignamos aquí. Se trata de un elemento más, de relación de la cultura chibcha con Mesoamérica y México y, al mismo tiempo, con las civilizaciones de la costa ecuatoriana, las cuales, según varios americanistas, recibieron del Norte tal práctica.

La deformación de la cabeza y la mutilación dentaria fueron costumbres típicas de los Mayas y de los Huastecas, su rama septentrional. La deformación cefálica entre los Chibchas la hemos venido igualmente registrando en varios sitios arqueológicos de Cundinamarca (Soacha, por ejemplo), y Boyacá (Tunja, Sogamoso, etc.); y aunque tal práctica deformatoria de la cabeza (tipo fronto-occipital) no fue muy frecuente entre los nativos de la altiplanicie colombiana, es sugestivo el hecho de que, como entre los Mayas, coincida con la de las incrustaciones. Desde luego, las mutilaciones dentarias fueron practicadas por otros pueblos de América Media. Entre los Tarascos, al igual que entre los Chibchas, las incrustaciones fueron hechas preferentemente en los premolares superiores de ambos lados del maxilar.

En sustitución del jade americano o chalchihuitl, lo mismo que de la piritita y de la turquesa, empleados en Mesoamérica y México, y del oro, en el Ecuador, en Colombia los Chibchas usaron la esmeralda (guacata) en las incrustaciones dentarias, siendo probable, además, el empleo del oro con fines semejantes. Tenida en cuenta la importancia concedida a la esmeralda, cuyo valor relacionaron nuestros indios con la misma mitología, y por haber sido elemento preferido en ofrendas y sacrificios, creemos que la práctica de las incrustaciones dentarias utilizando la mencionada piedra preciosa no se realizó como terapéutica dental sino que obedeció a un sentido puramente ritual. Aunque entre las enfermedades de la dentición chibcha la caries fue bastante frecuente, no se ha registrado hasta el momento ningún caso de práctica curativa que pueda guardar relación con las mutilaciones dentales y con las incrustaciones. En efecto, como lo ha señalado F. Rubín de la Bor-

bolla "entre los pueblos americanos precolombinos no existió relación alguna entre las mutilaciones dentarias y los tratamientos específicos para los procesos dentarios".

Es oportuno señalar también aquí un hecho no menos importante que acabamos de registrar en una corta gira de exploraciones arqueológicas por el territorio que, a la hora de la Conquista, ocupaban los indios Teguas o Tecuas, a saber, la supervivencia de la cerbatana empleada con bolas de barro en lugar de dardillos, entre campesinos de la región. Los mencionados indios ocupaban un amplio espacio geográfico en la vertiente Este de la Cordillera Oriental hacia los llanos, entre los ríos Tunjita y Lengupá, de una parte, y las márgenes del Upía Chico, hasta su desembocadura en el Upía propiamente dicho, por otra.

Los Teguas confinaban por el Norte y Occidente con los muiscas del Valle de Tenza y del alto y medio Lengupá o Nengupá. Y aunque "bien diferentes en traje y lengua de nuestros moscas", como dice el P. Simón, la arqueología (cerámica, tumbas, utensilios de piedra) revela profunda influencia chibcha en la cultura de estos indios. Entre los campesinos de la región de Campohermoso se conserva la tradición de que los nativos de Sogamoso acudían con mucha frecuencia al país de los Teguas, atraídos seguramente por la medicina, en que éstos tanto se distinguieron.

Sobre el uso de la cerbatana con bolas de barro entre los Teguas nada nos dicen las fuentes históricas. Pero de todas maneras, su empleo debió haber sido muy popular y arraigado, pues sobrevivió a la desaparición de los indios y ha llegado hasta hoy. No hay duda de que los chibchas conocieron igualmente este importante elemento cultural, cuyo centro de difusión estuvo también en Mesoamérica.

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA ORTEGÓN J., 1938. — *El Idioma Chibcha o aborígen de Cundinamarca*. Bogotá.
- ANGULO VALDÉS CARLOS, 1963. — Cultural Development in Colombia. In *Aboriginal Cultural Development in Latin American: An interpretative review*. Edited by Betty Meggers and Clifford Evans. *Smithsonian Miscellaneous Collections*. Vol. 146, N° 1. Washington.
- BORBOLLA DANIEL F. RUBIN, 1946. — *Las Mutilaciones Dentarias*. México Prehispánico. Culturas, Deidades, Monumentos. México, D. F.
- CANALS FRAU SALVADOR, 1955. — *Las Civilizaciones Prehispánicas de América*. Buenos Aires.

- CASTELLANOS JUAN, 1886. — *Historia del Nuevo Reino de Granada*. 2 vols. Madrid.
- CUERVO MÁRQUEZ CARLOS, 1920. — *Estudios Arqueológicos y Etnográficos. Prehistoria y Viajes Americanos*. 2 vols. Madrid.
- DÁVALOS EUSEBIO, 1946. — *Las deformaciones craneanas*. México, D. F.
- DENIS M. FERDINAND, 1863. — *L'Univers. Histoire et Description de tous les peuples, de leur religions, coutumes, etc.* Paris.
- DUQUE GÓMEZ LUIS, 1964. — *Exploraciones Arqueológicas en San Agustín*. Bogotá.
- FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA LUCAS, 1688. — *Historia de la Conquista de la Nueva Granada*. Amberes.
- GIRARD RAFAEL, 1952. — *El Popol-Vuh, Fuente Histórica*. Tomo I. Guatemala.
- LEHMANN W., 1924. — *Zentral Amerika*. Berlín.
- MEGGERS BETTY J., 1963. — Cultural Development in Latin America: An Interpretative Overview. In: *Aboriginal Cultural Development in Latin America; an Interpretative Review*. Edited by Betty Meggers and Clifford Evans. *Smithsonian Miscellaneous Collection*. Vol. 146, N° 1. Washington.
- MÉTRAUX ALFRED, 1946. — El Dios Supremo, los Creadores y Héroes Culturales en la Mitología Sudamericana. *América Indígena*. Vol. VI, N° 1. México, D. F.
- PÉREZ DE BARRADAS JOSÉ, 1950. — *Los Muisca antes de la Conquista*. Vols. I y II. Madrid.
- 1941. — *El Arte Rupestre en Colombia*. Madrid.
- POMA DE AYALA G., 1936. — *Nueva Corónica y buen Gobierno*. Codex Peruvien illustré. *Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie*. XXIII. Paris.
- RIVET PAUL, 1946. — *La Métallurgie en Amérique Précolombienne*. Paris.
- SCHOTTELIUS J. W., 1946. — *Arqueología de la Mesa de los Santos*. "Boletín de Arqueología". Vol. II, N° 3. Bogotá.
- SIMÓN PEDRO, 1891-92. — *Noticias históricas de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*. 5 vols. Bogotá.
- SILVA CELIS ELIÉCER, 1963. — *Los Petroglifos de El Encanto (Florencia-Caqueta)*. "Revista Colombiana de Antropología". Vol. XII. Bogotá.
- *Arte Rupestre comparado de Colombia. Los Petroglifos de El Encanto*. En prensa.
- 1966. — *Las Estatuas de la Salina de Mongua*. "Revista Educación". Vol. VI, N° 3. Tunja.
- TRIANA MIGUEL, 1922. — *La Civilización Chibcha*. Bogotá.

- TRIMBORN HERMANN, 1962. — *Religions du Sud de l'Amérique Central du Nord et du Centre de la region Andine. Les Religions Amerindiennes.* Paris.
- URICOECHEA EZEQUIEL, 1871. — *Gramática, Vocabulario, Catecismo y Confesionario de la Lengua Chibcha.* París.
- VAILLANT GEORGE C., 1944. — *La Civilización Azteca.* México, D. F.
- 1946. — *Las Artes Menores.* En: México Prehispánico. Culturas, Deidades, Monumentos. México, D. F.
- VALERA BLAS, 1953. — *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Pirú.* "Perú Indígena". Vol. IV, Nos. 10 y 11. Lima.
- VERGARA Y VELASCO F. J., 1913. — *Capítulos de una Historia Civil y Militar de Colombia.* Bogotá.
- VARGAS MACHUCA BERNARDO. — *Refutación de Las Casas.* Discursos apologéticos en controversia del tratado que escribió Don Fray Bartolomé de Las Casas, Obispo de Chiapa, en el año de 1552, intitulado "Destrucción de las Indias". Bouret. París. Sin fecha.
- ZAMORA FRAY ALONSO DE, 1701. — *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada.* Barcelona.
- ZERDA LIBORIO, 1883. — *El Dorado.* Estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los Chibchas, habitantes de la antigua Cundinamarca, y de algunas otras tribus. Bogotá.